

PRÓLOGO

Hace bastante tiempo, mientras se exploraba el hiperplaneta Negro, un desconocido escritor valerano publicó un relato – Exilio en Redención – en el que especulaba con los lejanos sucesos acaecidos en Redención durante los años posteriores a la primera guerra contra los silíceos y la partida de Valera.

A pesar de concederse algunas licencias históricas, la obra alcanzó cierto renombre, talvez por tratarse de un género ya olvidado, y al que los Valeranos asociaban con la época antigua, antes de la primera invasión Thorbod.

Frente a decenas de miles de obras históricas que relataban la epopeya del autoplaneta y sus fabulosas gestas, aquella novela destacaba por su osadía y especulación sobre una época oscura y desconocida.

Sus personajes, encabezados por un Aznar de pura cepa – no podía ser de otra manera – lograban escapar al exterminio que acabó con los redentores.

Guiados por los restos de una raza antiquísima, mucho más que la bartpur, y cuya inclusión en el argumento le hizo ser el centro de las críticas de otros escritores ya consagrados, terminaban sus aventuras iniciando un viaje que les habría de llevar a un lejano y enigmático sistema; Axia.

Tal y como declaró en una entrevista para la cadena local de televisión de Nuevo Madrid, aquel nombre le obsesionaba, por lo que decidió imaginar nuevas aventuras donde él mismo conocería el sistema y acompañaría a sus propios protagonistas durante el viaje y el descubrimiento de lo que iba a ser un nuevo hogar para aquella rama desconocida de la Humanidad.

Imaginó ese nuevo mundo y descubrió, mientras dictaba a la computadora, que parecía como si él mismo hubiese estado allí. Tuvo incluso momentos en los que creía estar escribiendo una historia real.

Pero, lamentablemente, se trataba tan sólo de una ficción... ¿o quizás no?...

CAPÍTULO I
HORIZONTES SIN FIN

A qué era sin duda el mejor momento del día para Miguel Ángel en el Jardín del *Éxodo*. El crepúsculo artificial, la humedad que iba llenando el ambiente al caer la luz y atenuarse el calor, los suaves y dulces sonidos de la naturaleza que se libraba de la algarabía de los innumerables visitantes del día...

Desde hacía años, cuando apenas pudo ser dueño de su propio tiempo libre, siempre que le era posible, buscaba aquel solitario lugar, lejos del bullicio y de las prisas.

Entonces, viendo cómo aquél astro de mentira iba perdiendo su luz y engañaba un día más a insectos, plantas, incluso a sus propios creadores, entonces, sólo entonces, se sentía en paz y cercano a sí mismo.

Suspiró sin poder evitarlo.

Con el ocaso, sus sentidos comenzaban a percibir la actividad de cientos, miles, millones de seres vivos. Aquella prodigiosa percepción que su padre le había transmitido, y que él mismo y su hermana Carmen legarían a su descendencia en el futuro, se manifestaba allí sin trabas. Era como abrir una gran ventana y asomarse al exterior mientras respiraba una bocanada de aire fresco.

Sin la presencia en las cercanías de otras personas, Miguel Ángel dejaba que cualquier sensación llegase a él sin oponer resistencia.

A veces, habría jurado que era capaz de sentir hasta la energía de la luz que iba desapareciendo como si de un tenue y suave sonido se tratase.

No le importaba que todo allí hubiera sido creado por la mano del hombre; que hasta el crecimiento y proliferación de plantas e insectos estuviesen controlados para asegurar el equilibrio del ecosistema. Aunque supiese que la naturaleza en estado puro existía, él no había conocido otro lugar donde vivir. Sus propios padres, naci-

dos en el ya lejano sistema de Redención, habían vivido siempre en ciudades subterráneas, más artificiales, cerradas e insalubres que el autoplaneta donde habían transcurrido la totalidad de sus veintiocho años.

Hacia treinta años, parte de los restos de lo que fue una próspera civilización, procedente de los terrestres fugitivos que huyeron de la invasión del Sistema Solar por parte de los thorbod, hubieron de tomar la decisión de volver a exiliarse otra vez del planeta que hasta entonces había sido una nueva patria para la Humanidad.

Tras despedir a *Valera*, el planeta robado a las leyes de la gravitación y convertido a base de esfuerzo y tesón en el coloso que habría de reconquistar los planetas arrebatados por la Bestia, las guerras primero, y el resurgir de la Humanidad de Silicio después, hicieron que de nuevo la existencia del Hombre volviese a peligrar.

Otra vez inmersos en una nueva y titánica empresa, un puñado de redentores dedicaron cincuenta años a recuperar y acondicionar los restos de cuatro discos volantes destruidos por los Hombres de Cristal en el lejano planeta Solima; el mundo hermano de Redención, donde la naturaleza, tan sabia en ocasiones, sólo había sido capaz de crear un erial cubierto casi en su totalidad por las aguas de sus inmensos y fríos mares.

De los restos de los autoplanetas, y gracias a la inquebrantable voluntad de aquellos que creyeron en el proyecto, nació el *Éxodo*; ave Fénix que resurgía esplendoroso, y a cuyo abrigo pudieron emprender un nuevo viaje a lo desconocido casi diez millones de afortunados tripulantes en busca de una nueva patria donde prosperar en paz.

La intervención de lo que podría considerarse el último aliento de una poderosa civilización extinguida muchos milenios atrás —*los Otros*— señaló un destino a aquellos náufragos espaciales. Axia, el sistema del que sólo se conocía el nombre, la ubicación y que poseía una estrella compatible con la vida humana, estaba llamado a ser, según ellos, ese lugar donde volver a prosperar.

Fernando Aznar, su padre, fue el elegido para ese contacto.

Además de la que parecía ser una información extremadamente valiosa en aquellas circunstancias, el mero contacto con la esencia y el recuerdo de lo que habían sido aquellos seres en vida, le permitió

a su padre desarrollar una sensibilidad extraordinaria que, según le contaron, permanecía en estado latente en la raza humana y su presencia había hecho que emergiera en él.

Miguel Ángel y su hermana habían nacido con aquel don, aunque ellos mismos no le concedieran la importancia que realmente tenía, ya que siempre había estado presente en sus vidas. El resto les admiraba, y a veces les temía, sin que Carmen y él acertasen a comprender el por qué, dado que para ellos era un sentido más, como la vista o el oído.

Como cualquier conocimiento, esa sensibilidad les había reportado buenos y malos momentos. Saber lo que sienten los que te rodean no siempre es agradable ni facilita las relaciones con los demás.

Pero aquella no era la única diferencia con el resto. Ellos eran Aznares, hijos de Fernando Aznar Valera y descendientes directos del primer Aznar, Miguel Ángel, héroe legendario que condujo a un puñado de terrestres a Redención, y cuyo nombre le fue impuesto a él mismo como homenaje.

A pesar de ello, y de que nunca había sido beneficiado por pertenecer a tan ilustre familia, sino más bien todo lo contrario, Miguel Ángel había retomado con brillantez la tradición castrense de sus antepasados, rota por su padre al dedicarse a la ciencia y más tarde a ser el máximo responsable civil del *Éxodo*.

A sus veintiocho años ya era capitán de navío y había sido designado comandante de uno de los grupos que formarían la primera patrulla tripulada que iba a explorar el sistema de Axia, después de que las observaciones previas determinasen si había algún peligro que desaconsejase la misión, o los resultados recomendasen realizar ésta con un mayor número de efectivos.

Sabía que, al contrario de lo que habían intentado algunos almirantes con sus hijos y descendientes, su padre no había influido lo más mínimo para que le fuese concedido el cargo para el que se había presentado. Innumerables tests de conocimientos, aptitudes y personalidad eran analizados finalmente por la computadora de la academia de san Pedro, que emitió su veredicto, eligiendo a Miguel Ángel como el capitán más idóneo para el tipo de misión que se iba a llevar a cabo en breve.

Como al resto de su generación, el cambio de vida que estaban a punto de sufrir, le inquietaba más que a los demás habitantes del auto-planeta. Ellos, los nacidos a bordo, no conocían otra existencia distinta, a diferencia de sus padres, abuelos, y demás ascendientes, para los que aquellos treinta años de travesía no habían significado más que un largo paréntesis que separaba la vida en Redención de un futuro prometedor. Para los jóvenes de su edad, por mucho que vieses cientos de películas que transcurrían en la Tierra o Redención, aquello no dejaba de ser algo lejano que nunca habían vivido realmente.

Cerró los ojos y dejó que su mente se centrara en aquello que quisiera, sin ningún tipo de atadura. A un poco menos de dos pasos del banco donde se encontraba, sintió el laborioso rebullir de miles de hormigas. Unas salían, otras entraban y el resto recorría sin parar el hormiguero. Podía casi verlas...

Le sacó de improviso de su ensimismamiento una mano sobre su hombro. Dio un respingo.

—¡Mamá!— no necesitó volverse para saber que era su madre, Lucía, quien estaba a su lado— Vaya susto me has dado. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—¿Ya no recuerdas quién te traía a este lugar de pequeño, cuando estabas muy nervioso o preocupado por todo aquello que eras capaz de sentir e intuir en los demás?

Lucía le dedicó una de sus serenas y encantadoras sonrisas. A pesar de sus cincuenta y ocho años, en los tiempos del primer Aznar, en el siglo veinte, habría pasado perfectamente por una joven de veinticinco o veintiséis.

—No me olvido. Pensé que eras tú la que ya no lo recordabas. Gracias a ti tardé muy poco en superar ser diferente a los demás.

—Éste era nuestro lugar secreto —le revolvió el pelo como si siguiese siendo el niño de ocho años al que había tenido que ayudar a aceptarse tal y como era—. Tu padre estaba entonces demasiado ocupado y yo tuve que enseñaros a Carmen y a ti lo que había aprendido de él y vuestros poderes. Al menos él los recibió siendo ya un hombre maduro, equilibrado y muy especial. Aunque en su caso resultase más difícil habituarse, al menos no era un niño asustado, y demostró, como tantas otras veces, su fortaleza.

—No te quites mérito, Mamá —se levantó y se acercaron andando con tranquilidad al acceso del ascensor que llevaba a la zona de aparcamiento y autobuses inmediatamente inferior—. Siempre comprendimos la tremenda responsabilidad que tenía, y todavía tiene, Papá. No dejó de ser cariñoso y nunca nos faltó una palabra de ánimo suya, pero sabes que eres tú la que tuvo que llevar la mayor parte del peso.

—¡Y tanto! —exclamó Lucía mirando de arriba abajo al hombre de casi un metro noventa en el que se había convertido su hijo— Sobre todo tú eras buen peso cuando nació Carmen y te empeñabas en que te llevase todo el día en brazos como a ella, a pesar de haber cumplido ya tres años.

Aunque Miguel Ángel no hubiese tenido esa sensibilidad tan acusada, habría sabido de igual modo lo especiales que eran —y seguían siendo— Carmen y él para sus padres.

En unos segundos, el ascensor descendió los cien metros de tierra y estructura metálica que formaban la base del Jardín del *Éxodo* hasta llegar a uno de los aparcamientos donde llegaban los autobuses que se encargaban de procurar los desplazamientos de la población.

En aquella ocasión, Lucía había llegado hasta allí en el coche que ellos tenían asignado. Aquél era un lujo al alcance sólo de aquellos que por su ocupación o cargo necesitaban disponer de un medio de transporte más independiente y siempre listo, aunque ello no significaba necesariamente que los disfrutasen únicamente personajes importantes. Un vehículo para uso exclusivo podía ser asignado a un simple técnico de mantenimiento si el tipo de trabajo que realizaba le obligaba a recorrer constantemente su área de trabajo o trasladarse a zonas del auto-planeta hasta las que no llegaba el transporte público. De todas formas, los autobuses guiados por cerebros electrónicos cumplían a la perfección su misión, y la computadora central que los controlaba ajustaba los horarios y recorridos a la hora del día, las personas que se detectasen en cada parada o la necesidad de trasladar a los grupos de trabajadores a su punto de destino.

Durante el trayecto, después de conectar el piloto automático que conduciría el coche hasta su destino, madre e hijo charlaron animadamente sobre las últimas noticias que se conocían sobre Axia.

Indudablemente, pertenecer a la familia del responsable de la nave sí tenía sus ventajas en cuanto a disponer de información de primera mano sobre cualquier aspecto relacionado con la misma. Por ese motivo, conocían ya las conclusiones que la televisión haría públicas aquella misma tarde o, como mucho, al día siguiente por la mañana, sobre las observaciones realizadas en Axia desde que el *Éxodo* comenzase a decelerar hasta situarse en una órbita de alrededor de setecientos mil millones de kilómetros —algo menos de un mes luz—, que se había considerado segura.

A tan tremenda distancia, todavía quedaba mucha información por conocer, pero ya se había determinado la composición de la estrella del sistema —similar al Sol— y la existencia de tres planetas, dos de los cuales, a falta de las pruebas que requerían una mayor proximidad, parecían reunir condiciones para ser habitados, aunque la lejanía de uno de ellos de la estrella, podía significar que la temperatura fuese demasiado baja para los seres humanos.

Una de las principales tareas de la misión que iba a realizar Miguel Ángel era la de determinar el periodo de rotación, inclinación del eje y composición definitiva de las atmósferas de ambos, aunque el análisis de la luz que reflejaban había dado resultados prometedores.

A falta de recibir los datos de las sondas no tripuladas que se habían enviado alrededor de dos meses atrás, si se confirmaban los datos aproximados, todavía tendrían que tomar muestras del aire y el suelo en busca de bacterias o virus a los que los habitantes del *Éxodo* pudieran ser sensibles.

En ese momento, si todo era correcto, saldría del autoplaneta otra expedición más numerosa que debería estudiar las condiciones de cada región de los dos planetas, su flora y fauna —si es que existían—, posibles zonas inestables o de clima extremo, y, con todo ello, elegir las zonas idóneas para un desembarco masivo.

Gracias al descubrimiento de Emilio Ferrer, el mejor amigo de sus padres, de la técnica que permitía la miniaturización de objetos de todo tipo reduciendo los espacios vacíos de la materia, el *Éxodo* había embarcado gran cantidad de material reducido que podría ser trans-

portado fácilmente sin tener que acudir a grandes naves de las que ellos carecían.

Cuando estaban a tan sólo unos minutos de su destino, Lucía le dijo:

—Me ha dicho Papá que te recuerde que mañana a las ocho en punto tenéis la reunión con el equipo científico que os va a acompañar.

—¿No va a cenar con nosotros?

—¡Qué más quisiera yo! Ya sabes que últimamente trabaja aún más y hasta más tarde. Supongo que, como anoche, cenará cualquier cosa entre reunión y reunión y llegará tarde a casa. No quiero molestarle; él sabe cuál es su límite —sonrió con ironía—. Si es que tiene un límite...

Fernando se había ido convirtiendo en aquellos treinta años en el alma del autoplaneta. Inicialmente, fue nombrado responsable antes de partir, habiendo puesto él como única condición la designación por votación de los gobernantes del *Éxodo* en cuanto éste emprendiese el viaje. Su idea era la de definir con un equipo de expertos una especie de constitución o normas básicas de organización y estructura que se tendrían que ratificar mediante referéndum. Una vez hecho esto, se convocarían elecciones para determinar quiénes iban a formar la cámara de representantes de la que saldría el equipo de gobierno.

En contra de sus planes, nadie se presentó a las elecciones y el propio comité que había redactado la recién aprobada constitución le propuso seguir como responsable dentro del marco de la nueva Carta Magna. Fernando terminó por aceptar después de que una nueva votación le confirmase en el cargo por abrumadora mayoría, aunque advirtiendo que aquella situación sólo duraría hasta que el viaje terminase.

Desde entonces, se había mantenido una estructura piramidal que comenzaba en su base por los Consejos de Barrio, ocho por cada una de las dos ciudades del autoplaneta, hasta llegar al Responsable, Fernando, que nunca quiso que su cargo se denominase Presidente.

Dejaron el coche en el aparcamiento subterráneo del Edificio Residencial y tomaron el ascensor que conducía directamente a su

vivienda. Allí se encontraron con la grata sorpresa de la presencia de Carmen y su novio, Carlos Santolaria, hijo de la doctora Ángela Santolaria que, después de atenderles tras sus aventuras en Redención, se había convertido en una buena amiga de la familia.

Carlos, perteneciente a la Armada, y médico como su madre, era un encantador joven de treinta años y amigo de Miguel Ángel desde que ambos eran apenas unos niños. Ni Fernando ni Lucía habrían influido nunca en la elección de pareja de ninguno de sus hijos, pero no ocultaban la satisfacción de ver a Carmen junto a él.

— ¡Hombre, Miguel! —le dijo su hermana— Al fin apareciste —poseedora de sus mismos poderes, notó su inquietud y le preguntó—: ¿Va todo bien?

—Sí, Carmen, sólo tengo un poco de nervios pensando en lo que se avecina. No te preocupes.

—Acaba de terminar el programa que ha informado de las conclusiones de la observación de Axia —dijo Carlos mientras terminaba de preparar la mesa para cenar—. No fueron excesivamente optimistas.

—Eso es normal— le dijo Lucía—, la información de la que disponemos no es completa todavía y, aunque resulta prometedora, tampoco es bueno lanzar aún las campanas al vuelo. Es mejor mantener sólo una esperanza a estar convencidos de que el viaje ha terminado y todo va a resultar perfecto. No quiero ni pensar lo que sentiríamos todos si al final no es posible habitar el sistema —Carmen abrió la boca para intervenir, pero su madre le cortó con un gesto—. Si, Carmen, ya lo sé, vosotros estáis convencidos de que la vida es posible en Axia, y yo confío en mis tres brujos —Carmen y Miguel Ángel sonrieron por el mote cariñoso con el que Lucía se dirigía a veces a su padre y a ellos mismos—, pero los demás no tenemos esa seguridad y somos humanos. No queremos hacernos ilusiones que luego puedan venirse abajo.

Se sentaron los cuatro a cenar frente al televisor por si éste daba alguna nueva noticia. Ninguno de ellos, ni siquiera Lucía, que nació en plena guerra contra los Silíceos en la ciudad subterránea de Nuevo Toledo, había probado nunca alimentos frescos que no se hubieran obtenido mediante procesos artificiales. Sin embargo, con

una industria moderna y racional cómo la del *Éxodo*, y sin la falta de medios que se había sufrido en Redención, la comida había mejorado sustancialmente, tanto en calidad como en textura y sabor.

Casi todos los canales de televisión, locales o no, se dedicaban a reportajes y entrevistas sobre Axia. Las pocas películas que se emitían, además de las nuevas producciones sobre la guerra en Redención, seguían siendo los viejos filmes que tanto habían gustado desde siempre: «Los hombres de Venus», «Policía sideral», «La abominable bestia gris»...

Mientras Carmen preparaba un café —en realidad un sucedáneo sintético— Miguel Ángel observó en el ánimo de Carlos una inquietud parecida a la que él mismo sentía. Iba a preguntarle si le ocurría algo cuando sintió que su amigo iba a comunicarles algo, por lo que le dejó que se explicase.

— Bueno... —dijo dudando, como intentando buscar las palabras adecuadas— Me habría gustado que Fernando estuviese aquí hoy, pero prefiero que os enteréis por mí de lo que os voy a decir —hizo una pausa, como esperando a que Carmen volviese y se sentara de nuevo con ellos—. Lo primero es que puedes estar tranquila, Lucía, tu hijo va a tener quien le cuide en su viaje de exploración.

— ¿Vas a venir con nosotros? —le preguntó Miguel Ángel, aunque no muy sorprendido porque seguían llegándole los sentimientos de Carlos. La segunda noticia estaba empezando a percibirla también.

— Sí, como oficial médico, naturalmente. Como sabéis fui el segundo en el proceso de selección, después de Juan de la Torre, pero en el último momento, le han detectado en el chequeo una pequeña lesión coronaria. No tiene importancia y se lo corregirán con una intervención mínima, pero él mismo ha decidido no viajar si no está en perfectas condiciones, para lo cual necesitaría al menos cinco o seis días.

Iba a continuar, cuando vio en el rostro de Miguel Ángel una mueca irónica y burlona mientras les miraba a Carmen y a él.

— ¡Miguel, no me estropees la sorpresa! ¡Maldita familia de telepatas!

Sabiendo que sus palabras no eran en serio, Carmen le propinó también en broma un sonoro cachete en la cabeza.

— ¿Cuántas veces te tengo que decir que no somos telépatas? ¡Será posible! ¡Te vas a enterar tú! — miró a su madre que era la única que no sabía de qué estaban hablando — Mamá, lo que este patoso quería deciros es que hemos decidido casarnos antes de que él parta. Lo hemos preparado todo para mañana por la mañana. No hace falta que nos acompañe nadie; cuando regresen Miguel y Carlos, lo celebraremos todos juntos.

Lucía sonrió porque se alegraba sinceramente de la noticia, sin embargo, sentía algo de preocupación. Sus temores fueron captados por sus hijos.

— No te preocupes, Mamá — le tranquilizó Carmen —. Sé que nada les va a ocurrir a ninguno de los dos. No pienses que la idea de casarnos es por si no regresara. Nos pareció bonito sentirnos más unidos durante el tiempo en el que vamos a estar separados. Sabes que, aunque no tenemos premoniciones ni adivinamos el futuro, nuestra intuición está muy acusada y no siento nada negativo, al menos nada irreparable con respecto a Miguel ni a Carlos.

— En fin, si tú lo dices... Sabéis que para mí supone una tremenda alegría. ¿Queréis una copita de licor para celebrarlo?

Aceptaron los tres y, tras tomar la copa con cierta calma, Carlos se despidió de ellos para volver con su madre antes de que se hiciera tarde. Quería darle la noticia también a ella.

Se quedaron media hora más frente al televisor, tras lo que se despidieron y cada uno fue a su habitación.

Debía ser alrededor de la una cuando Lucía sintió a Fernando introducirse con sigilo en la cama. Le dio un beso y le contó la noticia. Se abrazaron y, como tantas otras noches en los últimos treinta años, se entregaron el uno al otro entre caricias, besos y alguna que otra risa ahogada.